



***LA LIBERTAD
INTERMINABLE***

JOE HALDEMAN

Veterano de la Guerra Interminable, William Mandella lleva una vida bastante aburrida. Los ciudadanos de la Tierra han evolucionado por caminos insospechados y han tomado el control de su nuevo hogar, manteniendo con vida a los independientes habitantes humanos sólo debido a su diverso poso genético. Pero Mandella y sus camaradas no desean vivir de este modo. Así que deciden robar una nave espacial y huir a las estrellas, para comenzar la humanidad de nuevo...

Sin embargo, algo sale mal y tienen que regresar a casa en animación suspendida veinticinco años más tarde, algo bastante arriesgado. El planeta ha envejecido siglos durante su viaje, y la tripulación se pregunta qué nuevo mundo los espera a su llegada... Por fin, la esperada continuación del gran clásico de la novela ganadora de los premios Hugo y Nebula La guerra interminable.

Para Gay, otra vez, veinticinco años más tarde.

En ocasiones, los hombres dejan la guerra para crear dioses.

Dioses de la paz, que convertirían la Tierra en un paraíso.

Un lugar donde los hombres piensen y amen y jueguen.

Sin guerras que nublen sus mentes y corazones.

Un lugar que permita, de algún modo, que los hombres sean hombres.

Los dioses crean guerras para impedir a los hombres convertirse en dioses.

Sin el redoble de los tambores para copar nuestros oídos,

¡qué cielo podríamos hacer de la Tierra!

¿El peso que es la guerra quedaría atrás?

¿Libres de algún modo para acabar con la guerra?

Los dioses crean a los hombres para ser de algún modo como ellos.

Así los hombres

expresan su divinidad en la guerra.

Toman vidas: esto es lo que los dioses hacen.

No la urgencia femenina de crear vida.

No la simple sensación de detenerse.

Los hombres de la guerra crean dioses.

Para impedir que esos dioses se enfurezcan, tenemos que encontrar el corazón y la cabeza para crear nuevos dioses.

Nuevos dioses que no tomen hombres en sacrificios humanos.

Nuevos dioses

a quienes disguste la guerra.

Los dioses se detienen
y hacen que los hombres guerreen
para su diversión.
Podemos acabar con su diversión.
Podemos crear nuevos dioses
a la guisa humana.
No tenemos que
buscarlos en el cielo.
Sólo coger a hombres sencillos
¡y mostrarles qué cielo podrían crear!

¡Detengamos las guerras de los dioses!
Los hombres crean
su propio destino.
No necesitamos la guerra
para demostrarle a nadie que somos hombres.

Pero ni siquiera eso es suficiente.
Para detener
la guerra, tenemos que ser más.
Para detener la guerra, tenemos que convertirnos en
dioses.

Para detener la guerra, los hombres crean dioses.

LIBRO PRIMERO

EL LIBRO DEL GÉNESIS

Capítulo I

El invierno tarda en llegar en este planeta perdido de la mano de Dios, y luego dura demasiado. Vi cómo una súbita ráfaga trazaba una línea de fría escarcha sobre el lago gris, y pensé en la Tierra no por primera vez ese día. Los dos cálidos inviernos de San Diego cuando era niño. Incluso los malos inviernos de Nebraska. Al menos eran breves.

Tal vez nos precipitamos al decir que no, cuando los magnánimos zombis ofrecieron compartir la Tierra con nosotros, después de la guerra. En realidad, no nos libramos de ellos al venir aquí.

El frío se colaba por la ventana. Detrás de mí, Marygay se aclaró la garganta.

—¿Qué ocurre, William? —preguntó.

—Parece que se acerca mal tiempo. Tendría que comprobar los sedales.

—Los chicos volverán a casa dentro de poco.

—Mejor que lo haga yo ahora, seco, a que todos nos empapemos luego bajo la lluvia —dije yo—. O la nieve, o lo que sea.

—Probablemente nieve —Marygay vaciló, y me di cuenta de que no tenía que insistir. Después de veinte años, ella se daba cuenta de cuándo no quería compañía. Cogí un jersey de lana y una gorra, y dejé el impermeable en la percha.

Salí de la casa, y un viento recio y húmedo se abalanzó sobre mí. No olía a nieve en el aire. Le pregunté a mi reloj, y me dijo que había un noventa por ciento de humedad, pero un frente frío por la tarde traería lluvia helada y nieve.

Eso sería divertido. Teníamos que caminar un par de kilómetros, ida y vuelta. De lo contrario, los zombis examinarían los registros de teletransporte y verían que todos nosotros, los paranoicos, habíamos convergido sobre una sola casa.

Teníamos ochenta sedales en un cable que se extendía cien metros desde un extremo del muelle hasta los postes que yo había hundido en el agua hasta la altura del pecho. Dos de los postes se habían soltado tras una tormenta; los sustituiría cuando llegara la primavera. Dentro de dos años, en años reales.

Era más parecido a recolectar que a pescar. Los peces negros son tan tontos que pican cualquier cosa, y, cuando están enganchados y agitándose, atraen a otros peces negros: «Me pregunto qué le pasará a ese tipo... ¡Oh, mira! ¡La cabeza de alguien en un bonito anzuelo brillante!».

Cuando llegué al muelle, pude ver las nubes de tormenta congregándose en el este, así que trabajé rápido. Cada sedal es una polea que sostiene a una docena de anzuelos enganchados colgando en el agua, sujetos a un metro de profundidad por flotadores de plástico. Parecía que la mitad de los flotadores estaban caídos, tal vez unos cincuenta peces. Hice un cálculo mental y comprendí que, probablemente, podría estar recogiendo el último cuando Bill volviera a casa de la facultad. Aunque estaba claro que la tormenta venía decidida hacia nosotros.

Cogí los guantes de trabajo y el delantal del gancho que estaban junto al fregadero, y tiré del extremo del primer sedal hasta ponerlo en línea con la rueda de la polea. Abrí el congelador insertado (el campo de éstasis del interior reflejó el cielo airado como una laguna de mercurio), y saqué el primer pez. Le quité el anzuelo, le corté la cabeza y la cola con un cuchillo, eché el pez al congelador, y luego volví a preparar el anzuelo colgándole parte de la cabeza. Después pasé al siguiente cliente.

Tres de los peces pertenecían a la inútil cepa mutante que llevamos encontrando desde hace más de un año. Tienen vetas rosas y un desagradable sabor a sulfato de hidrógeno. Los peces negros no los aceptan como cebo, y yo ni siquiera puedo utilizarlos como fertilizante: bien podría rociar los campos con sal.

Tal vez una hora al día de trabajo (la mitad, con ayuda de los chicos), y suministrábamos al pueblo un tercio del pescado que se consumía. Yo mismo no lo comía mucho. También comerciábamos con maíz, habichuelas y espárragos, cuando llegaba la temporada.

Bill bajó del autobús cuando ya había acabado con el último sedal. Le indiqué por señas que entrara en casa: no tenía sentido que los dos acabáramos cubiertos de sangre y tripas de pescado. Justo en ese momento, un rayo cayó al otro lado del lago, pero aun así introduje el sedal en el agua de todas formas. Colgué los guantes y el delantal, y desconecté el campo de éstasis un segundo para comprobar el nivel de capturas.

Le gané la partida a la lluvia por los pelos, y me quedé un momento en el porche viendo la línea de la tormenta abrirse paso por el lago.

Se estaba calentito dentro: Marygay había encendido un pequeño fuego en el horno de la cocina. Bill estaba allí, junto al fuego, sentado con un vaso de vino. Eso era todavía una novedad para él.

—¿Cómo andamos? —su acento siempre sonaba raro cuando volvía de la universidad. En clase no hablaba inglés, y yo sospechaba que tampoco con muchos de sus amigos.

—Por encima del sesenta por ciento —dije, lavándome las manos y la cara en el fregadero de la cocina—. Un poco más de suerte, y tendremos que empezar a comernos los malditos bichos nosotros.

—Creo que hornearé unos cuantos para la cena —dijo Marygay, muy seria. Eso les daba el sabor y la consistencia del algodón.

—Venga ya, mamá —respondió Bill—. Mejor que los comamos crudos.

Le gustaban tan poco como a mí. Cortarles la cabeza era el punto álgido del día para él.

Me acerqué a los tres barrilitos situados en el otro extremo de la habitación, y me serví un vaso de vino tinto; luego me senté en el banco al lado de Bill, junto al fuego. Lo meené con un palo, un gesto social probablemente más antiguo que este joven planeta.

—¿Estudiaste el arte zombi hoy?

—La historia del arte del *Hombre* —respondió—. Ella es de Centrus. No la había visto desde hace un año. No dibujamos ni nada: sólo miramos cuadros y estatuas.

—¿De la Tierra?

—En su mayor parte.

—El arte taurino es bastante raro.

Era una forma amable de decirlo. También era feo e incomprendible.

—Ella dijo que llegaríamos a apreciarlo gradualmente. Estuvimos viendo algo de arquitectura.

Su arquitectura. Yo sabía algo del tema. Había destruido cientos de hectáreas, hacía siglos. A veces parecía que fue ayer mismo.

—Me acuerdo de la primera vez que me topé con uno de sus... barracones —dije—. Todas aquellas celditas individuales. Como una colmena.

Bill hizo un ruidito evasivo que interpreté como una advertencia.

—¿Dónde está tu hermana? —ella todavía estaba en el instituto de secundaria, pero cogía el mismo autobús—. No soy capaz de aprenderme su horario.

—Está en la biblioteca —dijo Marygay—. Llamará si ve que llega tarde.

Miré mi reloj.

—No puedo esperar mucho tiempo para cenar.

La reunión era a las ocho y media.

—Lo sé.

Marygay pasó por encima del banco, se sentó entre nosotros y me tendió un plato de colines.

—De Snell, vino esta mañana.

Estaban salados y duros; se rompían entre los dientes con un crujido interesante.

—Le daré las gracias esta noche.

—¿Reunión de viejos amigos? —preguntó Bill.

—Los seis días —dije—. Vamos a ir andando, si quieres el flotador.

—«Pero no bebas demasiado vino» —se adelantó él, y alzó su vaso—. Vale. Hay voleibol en el gimnasio.

—Marca uno por El Alero.

—¿Qué?

—Bueno, es algo que solía decir mi madre. Aunque no sé qué es un alero.

—Parece una posición. Base, pivot, alero —dijo él, como si le interesara el juego en sí mismo. Los chicos lo jugaban desnudos, mezclados, y era tanto un ritual de apareamiento como un deporte.

Una súbita ráfaga de granizo golpeó la ventana.

—Es mejor que no vayáis andando con la que está cayendo —dijo Bill—. Podríais dejarme en el gimnasio.

—Bueno, podrías ser tú quien nos llevara —dijo Marygay. La ruta del flotador no estaba registrada: sólo la localización del aparcamiento, supuestamente para llamar con antelación—. Vamos a casa de Charlie y Diana. No les importará si llegamos temprano.

—Gracias. Tal vez anote un tanto en vuestro honor.

No se refería al voleibol. Cuando usaba nuestro antiguo vocabulario, yo nunca sabía si era afectación o burla. Supongo que cuando yo tenía veintiún años podía hacer ambas cosas, al mismo tiempo, con mis padres.

Un autobús se detuvo en el exterior. Oí a Sara correr por la acera bajo la lluvia. La puerta delantera se abrió y se ce-

rró rápidamente: ella nos miró, y subió a cambiarse sin decir nada.

—Cenamos dentro de diez minutos —gritó Marygay hacia las escaleras. Sara le devolvió un sonido impaciente.

—Mañana le viene la regla —dijo Bill.

—¿Desde cuándo llevan los hermanos la cuenta de eso? —preguntó Marygay—. ¿O los maridos?

Bill miró al suelo.

—Dijo algo esta mañana.

Yo rompí el silencio.

—Si hubiera algún humano allí esta noche...

—Nunca vienen. Pero no les diré que estáis conspirando.

—No es *conspirar* —dijo Marygay—. Es planear. Se lo contaremos a la comunidad tarde o temprano. Pero es una cosa de humanos.

No habíamos discutido del tema ni con él ni con Sara, pero tampoco habíamos intentado ocultárselo.

—Podría venir con vosotros algún día.

—Algún día —dije yo.

Probablemente no lo haría. Hasta el momento era privativo de la primera generación: todos los veteranos, más sus esposas. Sólo unas cuantas de las esposas habían nacido en esto que el Hombre había llamado un «planeta jardín» cuando nos dieron a elegir lugares donde recolocarnos después de la guerra.

Normalmente llamamos a nuestro planeta DM. La mayoría de la gente que vivía aquí estaba a docenas de generaciones de comprender lo que queríamos decir con «dedo medio» como equivalente a «corte de mangas». Aunque lo supieran, probablemente no relacionarían el acrónimo con el sentido original de ese gesto.

Sin embargo, después de pasar aquí su primer invierno eterno, probablemente llamarían al planeta lo que en su

cultura equivale a «cabronazo mayor».

Nos habían presentado DM como un paraíso y un refugio... y un lugar de reunión. Podríamos llevar aquí una existencia como simples humanos, sin interferencia alguna del Hombre, y si habíamos perdido amigos o amantes en el laberinto relativista de la Guerra Interminable, podíamos esperarlos en el *Bucle Temporal*, un destructor reconvertido que iba y venía entre Mizar y Alcor lo bastante rápido como para casi detener el envejecimiento.

Naturalmente, resultó que el Hombre quería echarnos un ojo de vez en cuando, puesto que componíamos una especie de póliza de seguros genética. Podían utilizarnos como fondo de recursos si, después de equis generaciones, salía algo mal en su pauta de copias genéticas en papel carbón (empleé una vez ese término con Bill, y empecé a explicárselo, pero él sabía lo que eran las copias en papel carbón, igual que sabía lo que eran las pinturas rupestres).

Además, no eran observadores pasivos. Eran los cuidadores del zoo. Y DM parecía en efecto un zoo: un entorno artificial simplificado. Aunque los cuidadores del zoo no lo habían construido. Simplemente, estaban allí.

DM, como todos los planetas de clase Vega que habíamos encontrado, era una anomalía y una caricatura. Desafiaba los modelos normales de formación y evolución planetarias.

Una brillante estrella azul demasiado joven con un único planeta del tamaño de la Tierra con química de agua y oxígeno. El planeta orbita a una distancia donde puede mantenerse la vida, si bien a duras penas.

La gente del planeta nos dice que es imposible tener un planeta tipo Tierra a menos que tengas también un gigante tipo Júpiter en el sistema. Pero entonces estrellas como Vega y Mizar no deberían tener tierras tampoco.

DM tiene estaciones, pero no las produce ninguna inclinación hacia el sol, sino la larga elipse de su órbita. Tenemos seis estaciones extendidas a lo largo de tres años te-

restres: primavera, verano, otoño, primer invierno, invierno profundo, y deshielo. Naturalmente, el planeta se mueve más despacio cuanto más lejos está de su sol, así que las estaciones frías son largas, y las cálidas, cortas.

La mayor parte del planeta es residuo ártico o tundra seca. Aquí, en el ecuador, los lagos y ríos se hielan en el invierno profundo. Hacia los polos, los lagos son hielo sólido permanente de la superficie para abajo, con charcos estériles los cálidos días de verano. Dos tercios de la superficie del planeta carece de vida, excepto por las esporas aéreas y los microorganismos.

La ecología es también curiosamente simple; menos de cien variedades nativas de plantas, y aproximadamente el mismo número de insectos y bichos que parecen artrópodos. Ningún mamífero nativo, pero un par de docenas de especies de bichos grandes y pequeños parecen reptiles o anfibios. Sólo siete especies de peces, y cuatro moluscos acuáticos.

Nada ha evolucionado a partir de otra cosa. No hay fósiles, porque no ha habido tiempo suficiente: las dataciones por carbono no dicen que haya nada en la superficie o cerca de la superficie que tenga más de diez mil años. Y, sin embargo, las muestras nucleares a menos de cincuenta metros revelan un planeta tan viejo como la Tierra.

Es como si alguien hubiera remolcado aquí un planeta y lo hubiera dejado aparcado, sembrado de vida sencilla. Pero ¿de dónde lo remolcaron, y quiénes lo hicieron y pagaron la factura del transporte? Toda la energía gastada por humanos y taurinos durante la Guerra Interminable no habría llevado muy lejos a este planeta.

También es un misterio para ellos, los taurinos, cosa que me parece reconfortante.

Hay otros misterios que no son tan reconfortantes. El principal es que este rincón del universo estuvo habitado antes, hace unos cinco mil años.

El planeta taurino más cercano, Tsogot, fue descubierto y colonizado durante la Guerra Interminable. Encontraron las ruinas de una ciudad enorme, más grande que Nueva York o Londres, enterrada entre las dunas. Los cascos de docenas de naves espaciales alienígenas flotaban en órbita, una de ellas un navío interestelar.

Pero no se encontró ni una sola pista de las criaturas que construyeron esta poderosa civilización. No dejaron estatuas ni cuadros, cosa que podría ser explicable en términos de cultura. Tampoco dejaron ningún cadáver, ni siquiera un solo hueso, lo que resulta más difícil de explicar.

El nombre que les dan los taurinos es Boloor, «los perdidos».

Yo solía cocinar en los Seis Días Libres, ya que no daba clases entonces, pero los Greyton nos habían traído un par de conejos, y eso era la especialidad de Marygay: *hassentpfeffer* o, más llanamente, estofado de conejo. A los chicos les gustaba más que la mayoría de la comida de la Tierra. Preferían la insípida comida nativa, que es lo que les daban en los colegios. Marygay dice que es una tendencia natural de supervivencia: incluso en la Tierra, los chicos se ciñen a la comida insípida y familiar. No fue mi caso, pero es que mis padres eran raros, un tanto *hippies*. Comíamos comida india picante. No probé la carne hasta que cumplí doce años, cuando la ley de California les obligó a enviarme al colegio.

La cena fue divertida, Bill y Sara intercambiaron chismes sobre las citas y emparejamientos de sus amigos. Sara por fin había cortado con Taylor, con quien llevaba saliendo un año, y Bill tenía noticias frescas sobre la conmoción social que el chico había causado. Ella se quedó bastante afectada cuando él se declaró homosexual; pero después de unos meses de flirteo, se volvió de nuevo heterosexual, y le pidió que volviera a aceptarlo. Ella le dijo que se dedicara a los tíos. Ahora resulta que tenía un novio en Hardy, muy se-